

Miguel Sandoval  
**La revolución mexicana  
y el alma de los niños**

---

Libros

La politización del niño mexicano de Rafael Segovia es resultado de una encuesta sobre las actitudes políticas de los niños que asisten a las escuelas mexicanas entre los años de sexto de primaria y tercero de secundaria y las edades de diez y quince años. Los cuestionarios, más de 3 500, se aplicaron en todo tipo de escuelas (públicas, privadas religiosas, privadas laicas, rurales, urbanas) pertenecientes a seis estados de la República con distinto nivel socio-económico, e incluyeron una serie de temas como: la importancia de la función presidencial, las actitudes y el grado de conocimiento de partidos políticos y sindicatos, la forma de percibir los mitos y símbolos del nacionalismo (en especial los héroes).

El autor contempla la tarea de la escuela como parte importante de un proceso de socialización, de internalización de los procederes de un sistema calificado como autoritario, o sea, de alguna manera situado entre los regímenes democráticos y los totalitarios. (Las características más importantes de este tipo de sistemas serían: el pluralismo político, la flexibilidad ideológica, el partido autoritario [pp. 122-23], el no permitir movilizaciones extensas ni intensas [p. 126], etcétera).

El libro despierta un interés derivado de la escasez de este tipo de estudios en México, por más que no profundice en temas muy importantes relacionados con el sistema escolar, como podría ser un análisis de los mecanismos y elementos de difusión de ideología. Hay que decir, además, que su lectura no es un ejercicio sencillo y fluido, debido al procedimiento de exposición, muy relacionado con la metodología empleada en la aplicación y análisis de la encuesta. La politización del niño mexicano anuncia un tratamiento más sistemático de los temas políticos en nuestro país, frente a una tradición más fecunda en obras autobiográficas y autójustificantes que en estudios rigurosos y objetivos (con todas las especificidades de la "objetividad" en el terreno de la ciencia política). Sin embargo, la forma en que Segovia resuelve el problema de la objetividad y la distancia entre el científico social y el objeto de estudio, debe ser evaluada con detenimiento.

El autor explica en las páginas introductorias la importancia que tuvo la crisis política de 1968

en el origen de su estudio, y en verdad trata de explicar algunas de las respuestas obtenidas de acuerdo con los efectos del movimiento estudiantil de ese momento. Por ejemplo, los niños de las ciudades que rechazan al presidente son tres veces más abundantes que los rurales (p. 55). Tomando en cuenta que la encuesta se aplicó durante el mes de octubre de 1969, es lógico atribuir al movimiento estudiantil y su secuela la respuesta citada. De todas formas, la preocupación por los sucesos de 1968 no influyó de forma directa en el cuestionario aplicado (69 preguntas en total), por más que en una de ellas se menciona a los estudiantes en una escala de diversos grupos con posible influencia en la política.

Las características del cuestionario aplicado nos llevan a la consideración de la metodología utilizada. Se advierte la intención del autor de escapar de un nivel que se podría llamar sociológicodescriptivo, pero su marco conceptual, en donde predominan conceptos tomados del funcionalismo norteamericano, pocas veces se lo permite. Parecería que la ciencia política es el estudio cuantitativo de las conductas políticas, de actitudes y valores democráticos contra actitudes y valores autoritarios y totalitarios. Lo anterior se pone de manifiesto en un detalle aparentemente sin importancia; el círculo vicioso del autoritarismo, proceso de socialización cultura política/sistema político, nunca podría dar la estructura conceptual para explicar por qué un proceso revolucionario puede romper esta causalidad. El autor está consciente de ello, y para demostrarlo, está dispuesto a mencionar el ejemplo de la revolución cubana, citando a ... R. Fagen (The Transformation of the Political Culture of the Cuban Revolution). Podría parecer que sin el estudio de Fagen no sería posible que este enfoque metodológico, adoptado por un latinoamericano, incorporara un ejemplo tan claro y próximo como el cubano.

Un defecto similar, atribuible también al instrumental utilizado, se advierte al revisar opiniones como la siguiente: "Los grupos de menor prestigio y estatus —obreros y campesinos—... son más autoritarios, menos democráticos, y están mejor adaptados al sistema político" (p. 117), sistema declarado desde el principio "autoritario". Tal declaración parece excluir la posibilidad de que los grupos dominados pudieran hacer la crítica de la ideología dominante, crítica que tendría que partir necesariamente de una práctica antiautoritaria, de una no-adaptación al sistema político, de una experiencia democrática vivida contra el sistema establecido. Afortunadamente, la práctica política real de obreros y campesinos puede escapar de las características que académicamente se le atribuyen.

En fin, para no insistir más sobre el problema metodológico, cito: "Sin un cierto grado de apatía política, los peligros de disrupción del sistema serían permanentes" (p. 151,

correspondiente a las conclusiones). Resulta curioso que según las categorías del propio Segovia (véase p. 130 sobre las actitudes democráticas), ésta sería una típica opinión de carácter autoritario, puesto que implica una desconfianza de los ciudadanos que, informados e interesados en la actividad pública, pudieran dar a su acción un carácter permanente "disruptivo del sistema". Dentro de un enfoque funcionalista, la apatía es sobretodo una virtud.

Una vez hechas las anteriores observaciones es posible ubicar la utilidad de un estudio como éste y sacar provecho de sus hallazgos. Resulta, así, interesante y de una cierta actualidad la evaluación que se ofrece del libro de texto gratuito, en base a algunas partes del análisis de la encuesta. Las conclusiones del autor indican que dichos textos transmiten un juego más o menos elemental de conocimientos políticos, muy poco diversificados ideológicamente. Imponen una idea mecánica de los héroes y un nacionalismo frecuentemente acompañado de ignorancia/desprecio frente a otras naciones: en una escala de ocho países, los escolares siempre escogieron a México como el país de mayor libertad y el más democrático. La explicación maniquea de la historia mexicana —la "fidelidad de las estatuas al régimen", ha dicho Carlos Monsiváis— es obviamente compartida por los estudiantes de todos los grupos sociales, aunque con diferencias de grado, según el nivel de desarrollo del estado de que se trate. Es decir, la escuela de los regímenes posrevolucionarios sí logra transmitir una cierta idea de la nación, al mismo tiempo que no da preparación alguna a los futuros ciudadanos, ya no se diga para una práctica política activa, sino para una comprensión del funcionamiento de los mecanismos del poder en México. Desde la escuela primaria aprendemos y aceptamos la importancia aplastante del presidente sin comprender el origen de su poder. Junto con esta figura central, el partido oficial es el hecho del sistema político más conocido entre los escolares, mientras que, a sus ojos, la importancia de la ley es mínima (p. 138). El papel del Ejecutivo como promotor o creador de leyes no es captado o es francamente minimizado, mientras que su papel de concentrar la autoridad y promover obras públicas es colocado en el primer rango.

En síntesis, los libros de texto gratuito, de acuerdo con este estudio, preparan a los escolares para cumplir con las funciones simbólicas, con los ritos de la política: votar, obedecer la ley, pero no para criticar el esquema autoritario, eliminar la desconfianza en la eficacia de la acción política o superar las posiciones individualistas. En este sentido, la educación política en México es enajenante: "La enajenación frente a la política resulta bastante bien distribuida. No aparecen diferencias marcadas entre las escuelas, como tampoco se advierten entre los

escolares de zonas urbanas o rurales, ni entre los niños y las niñas" (p. 12). Aún más, la encuesta levantada demuestra la existencia de una ideología anticomunista muy elemental, más profunda mientras menos desarrolladas son las zonas de origen de las escuelas (p. 105), y más intolerante mientras más pequeños son los niños (p. 126).

Otro tema de interés que destilen en diversos aspectos de la encuesta es la actitud de los hijos de los empresarios y profesionistas frente a la política. Mientras que en los individuos originarios de las zonas menos desarrolladas (por ejemplo, Oaxaca, Tabasco) "dominan las actitudes sumisas", "los de familia de clase alta o media (empresarios, profesiones liberales, empleados y funcionarios) , van adentrándose con la escolaridad en las actitudes de resistencia" (p. 53), correspondiendo las posiciones más democráticas a los hijos de los empresarios y profesionistas. Con las reservas indicadas anteriormente sobre las "actitudes sumisas" tomadas en forma estática de los escolares con menor nivel de vida, las conclusiones de Segovia sobre el manifiesto interés político de algunos sectores de clase media alta, sí parecen referirse a las condiciones cambiantes que vive la política mexicana desde el fin de la década pasada. "Los peor socializados desde el punto de vista del mantenimiento del sistema, los hijos de los profesionistas, serán un grupo de fuerza considerable en un plazo muy breve" (p. 109).

El creciente interés de los sectores medios en la vida política se compensaría con otra actitud detectada en el estudio: los escolares, en su mayoría, reconocieron la importancia de sindicatos y partidos políticos para implementar la participación de los ciudadanos o la defensa de intereses concretos (por ejemplo, de los obreros), pero mientras mayor escolaridad han adquirido, presentan un menor deseo de participar en las organizaciones políticas o laborales (p. 77). Segovia explica esto en parte por los "valores autoritarios" transmitidos por el sistema de enseñanza: la desconfianza que conduce a la no participación política. Sin embargo, la conclusión a que lleva esta explicación debe ser analizada con atención. Tal vez sea exagerado declarar que "... los niños escolarizados en México son tecnócratas en ciernes" (p. 137), basándose principalmente en las profesiones a las que aspiran. En ocasiones, el intento de profundizar el análisis de su encuesta lleva al autor a imponer las categorías que utiliza: un niño típico mexicano esperaría "ser un decision-maker, incluso un political decision-maker y no un subdito, para seguir las categorías de Almond y Verba" (p. 139). Categorías tecnocráticas conducen necesariamente a conclusiones sobre la importancia de la tecnocracia. Sería muy difícil esperar que los escolares dieran respuestas distintas sobre su propio futuro, además de que nadie, y menos en edades tempranas, está en favor de la

inestabilidad, del desorden o del cambio en abstracto. La salida del fortalecimiento de la tecnocracia (incluso en algún momento se sugiere que el régimen "autoritario" mexicano avanza hacia una forma de régimen "tecnocrático") corresponde tal vez a la lógica de los argumentos seguidos por el autor para explicar el interés de las clases altas y medias altas en el "decision-making process", pero tendría que ser demostrada analizando las tendencias del desarrollo económico y político del país, lo cual no se puede hacer por medio de encuestas de opinión.

Regresando al tema de la educación política: es lógico esperar que la escuela enaltezca los valores de la ley y el orden pero la verdadera alternativa se dará en el momento en que esos valores, bien o mal interiorizados, sean puestos a prueba frente a una crisis similar a la de 1968. Esto se reconoce, si bien de una forma muy indirecta: "El Estado no puede conducir a todos los niños hacia las formas intermedias y superiores de la educación y de la cultura sin poner en peligro su equilibrio interno e incluso su propia existencia. Acceder a la educación y a la cultura... es poner el pie donde se aprende a expresar demandas, articularlas y transmitir las..." (p. 143).

El general Calles quería apoderarse del alma de los niños para la Revolución; aunque ésta ya no sea la misma, se puede aceptar que tuvo éxito en lo que se refiere a la interiorización de algunos mitos y actitudes autoritarias. La diversificación de los grupos sociales en todo el periodo de desarrollo después de 1940 parece, sin embargo, ir ganando el "alma de los niños" para una lucha más compleja, en el futuro más relacionada con los intereses de las distintas clases sociales que con las ideas del nacionalismo tradicional. Lo que las instituciones revolucionarias unieron, e desarrollo capitalista separará.